

## 2.000 AÑOS DE AMOR

UNA SERIE DE REPORTAJES HISTÓRICOS SOBRE  
LA VIDA SENTIMENTAL DE PERSONAJES CELEBRES

# ELEONORA DUSE

Grande en la escena y en la vida, sacrificó  
su amor a la vanidad de Gabriel D'Annunzio



La futura gran trágica Eleonora Duse, de niña, con su madre, también actriz.

Por Carmen  
VAZQUEZ-VIGO



En la cumbre de su fama, ya de edad madura.

**E**l carro de cómicos ambulantes se detuvo en Verona. En el anfiteatro de la legendaria ciudad se proponían representar el drama shakespeariano que la hiciera famosa: «Romeo y Julieta». Empeño demasiado difícil para sus posibilidades de artistas mínimos, desde luego. Pero, precisamente por tratarse de cómicos de la legua, nadie iba dispuesto a extremar las críticas. Los espectadores acostumbrados a espectáculos de categoría no se molestarían en ir a verles, y los otros, los que no iban al teatro más que en ocasiones en que, como ésta, la entrada costaba cuatro sueldos, se marcharían satisfechos solamente con haber pasado un rato distraído.

Mientras los mediocres actores de la compañía representaban las primeras escenas del drama, el público no permanecía demasiado atento. Hablaban entre ellos, reían a veces, sacaban del bolsillo grandes pañuelos de colorines con que secarse el sudor que les hacía brotar el caliente sol de las cuatro de la tarde, hacían comentarios sarcásticos. De pronto, se hizo un sorprendente silencio. La protagonista acababa de hacer su aparición. Y la fragilidad de su silueta, la intensidad de su mirada, su gesto sereno y su voz dulcísima, prendieron súbitamente el interés de todos.

Por primera vez en la historia del teatro, la Julieta de Shakespeare era interpretada por una actriz que tenía la misma edad que el personaje: quince años. Y por primera vez también, ese día, comenzó a sonar el nombre de Eleonora Duse.

### una hija del teatro

Eleonora había nacido en ese mismo carro que todavía, quince años después, continuaba siendo su hogar. Su padre y

su madre eran actores ambulantes, y la pequeña creció oyendo largas tiradas de versos que los componentes de la compañía se esforzaban en declamar en el tono más enfático posible. Era la costumbre de la época. Incluso los más grandes artistas de la escena no renunciaban a esa manera de recitar, creyéndola inseparable de la esencia misma del teatro.

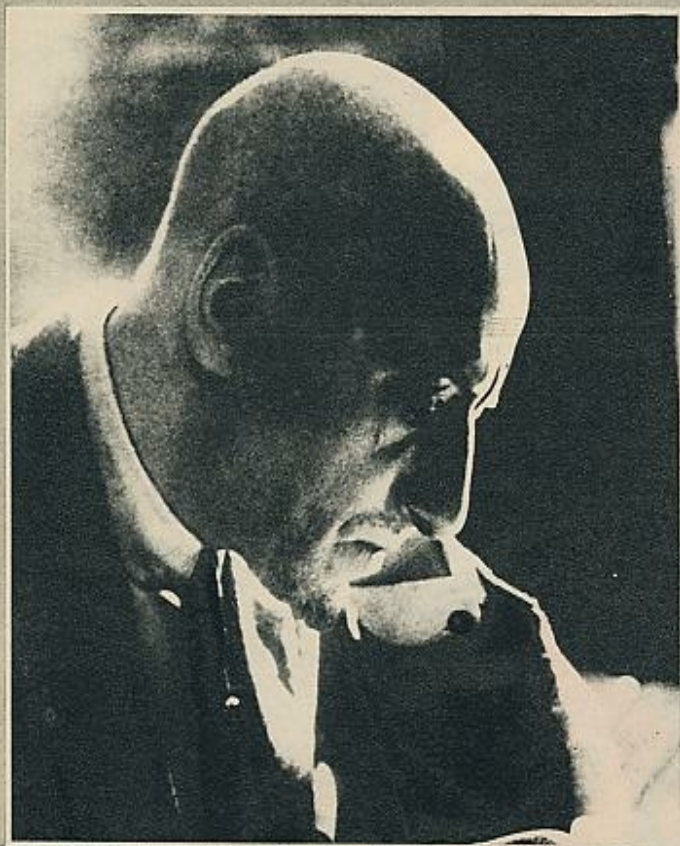
La hija de Vincenzo Duse comenzó a interpretar pequeños papeles casi al mismo tiempo en que aprendía a hablar. Y, sin embargo, jamás remedió aquel impresionante estilo declamatorio que escuchaba a su alrededor constantemente. Su genio era creador, no imitador. Ella representaba a «sus» modo. Y aquella naturalidad, aquel fervor contenido, aquella sobriedad que más tarde habían de hacerla famosa, fueron en los primeros años de su vida de actriz una seria desventaja.

Luego de su triunfo en Verona, muere su madre; y su padre, fatigado, vencido, se aparta de la azarandada vida del teatro. Eleonora obtiene un contrato en la compañía de Luigi Pezzana, y con ella recorre los teatros de segunda categoría de toda Italia. Pone en su trabajo un entusiasmo ilimitado y las evidentes dotes de actriz que posee. Pero su empresario no está contento. Esa muchacha se empeña en hablar como si estuviera en su casa, no se contonea, no gesticula como las otras. Y, además, ¡es tan fea! Con su pecho plano y sus caderas escuarridas es la antítesis del ideal de belleza femenino de la época. «Esta chica —dice convencido— no hará carrera.»

### el primer amor

A los veinte años, Eleonora Duse, «la chica que no haría carrera», levanta un clamor de admiración en Nápoles. Enferma la primera actriz de la compañía en la que trabaja, representa los papeles





Gabriel D'Annunzio, el poeta que subyugó a la actriz con su magia verbal.



En plena juventud, Eleonora Duse pasó a convertirse en el ídolo del público.

protagónicos de «Hamlet», «Electra», «Otelio». Un público culto se le entregaba sin reservas, y los periódicos tienen para ella encendidos elogios. Más que todos, el «Corriere del Mattino», cuyo director y fundador, Martino Cafiero, se convierte en rendido admirador de la recién nacida «estrellita».

Cafiero es hombre inteligente, refinado, atractivo. No es extraño que su gentileza, su asiduidad para con Eleonora, despertase en la joven, desprovista de todo afecto, un sentimiento cada vez más apasionado. No era mujer capaz de cálculos egoístas. Amaba de verdad, con una entrega total y desinteresada, sin sospechar que ella, para el elegante periodista, no significaba más que una conquista agradable y pasajera.

Cuando llegó el momento de abandonar Nápoles, Eleonora, con el corazón estremecido, espera que Martino le pida que abandone el teatro y permanezca a su lado.

Pero no es eso lo que oye de sus labios. «Lo nuestro ha sido muy hermoso, pero tú eres una gran actriz... tienes un brillante porvenir ante ti... No debes desperdiciarlo...» Palabras que tratan de ocultar una realidad que aparece clara a la joven enamorada. Martino quiere, simplemente, deshacerse de ella.

## la boda

Eleonora no pudo olvidar jamás aquella primera experiencia sentimental terminada de tan cruel, tan vulgar manera. A partir de entonces se sumergió más que nunca en el trabajo y rechazó cuantas solicitudes amorosas se le hicieron más o menos frívolamente. Sólo el afecto reposado y sincero de Teobaldo Checchi, un mediano actor de su compañía, consiguió conmoverla. El amor, un amor apasionado y absoluto con el que siempre

había soñado, se le aparecía a la Duse como una quimera imposible de lograr. En cambio tenía cerca la posibilidad de un cariño tranquilo, de un apoyo seguro, de un compañero fiel. Consintió en ser la esposa de Checchi, aquel hombre excelente que no se dolía de los constantes triunfos de Eleonora, sino que se sentía orgulloso de ellos.

La dicha sencilla del matrimonio vino a cimentarse con el nacimiento de una niña, Enriqueta. Por un momento la Duse pensó en abandonar el teatro y dedicarse por entero a la vida del hogar; pero una rápida aparición de Sarah Bernhardt en Italia la convenció de que merecía la pena consagrar la vida a un arte como el suyo. El teatro era su cuna y debía ser, por siempre, su meta.

## la consagración

El nombre de Eleonora Duse sonaba cada vez con más fuerza y trascendía los límites de su patria. Ventajosos contratos la llevaron a Berlín, a Viena, a Moscú, e incluso, a ultramar. Nueva York, Río de Janeiro, Buenos Aires, son otros tantos escenarios de sus éxitos. Sin embargo, esta aureola gloriosa que la acompaña no basta para hacerla sentirse feliz. Hay en su corazón una constante inquietud, una insatisfacción que la empuja a crear conflictos inexplicables con empresarios, a negarse a trabajar cuando el teatro está vendido, a rechazar el homenaje de grandes personalidades.

La actriz tiene razones para considerarse satisfecha; la mujer, no. Su unión con Checchi se debilita porque nunca hubo en ella amor, y trata de encontrarlo, desorientada, en una efímera relación de Flavio Andó, el primer actor de la compañía.

Tampoco esta experiencia le aporta la felicidad esperada. Y es inútil que

la busque porque su destino no querrá jamás que la encuentre junto a un hombre.

## un poeta de veintidós años

Una noche, recién caído el telón sobre la última escena de «La dama de las camelias», un jovencito rubio, atildado, de escasa estatura, se acerca a Eleonora. Al verla con el rostro todavía mojado por las lágrimas, exclama: «¡Oh, qué gran amante!» La genial actriz volvió la espalda ante tan peculiar saludo y oyó distraídamente que alguien decía:

—Es Gabriel D'Annunzio, un notable poeta.

Entonces, tenía sólo veintidós años y ya había conseguido, con su talento y su indudable habilidad para llamar la atención, que se hablara de él.

Diez años más tarde quiso la casualidad que se encontraran en Venecia, mientras uno y otro paseaban en sendas góndolas. Aquella romántica coincidencia, aquel nombre de poeta, tan sonoro —tuvo la buena idea de adoptarlo en sustitución del suyo, bastante menos bonito, de Gaetano Rapagnetta—, la reputación de que gozaba en el mundo de las letras, despertaron profundo interés en la gran trágica.

Algunos amigos la pusieron en guardia. D'Annunzio era egoísta y vanidoso; se jactaba continuamente de sus conquistas que, en efecto, eran numerosas. A su lado no podría encontrar nada más que amarguras. Pero Eleonora estaba enamorada. Sentía por Gabriel una pasión que en nada se parecía al ingenuo amor primero, al tibio afecto por Checchi, a la superficial atracción por Flavio Andó. Era la pasión absoluta, irrefrenable.

El poeta escribe para ella «Sueño en una mañana de primavera». La reacción del público, la noche del estreno, fue

de repulsa unánime y estruendosa. ¿Había dejado, acaso, de ser fiel a su actriz preferida? No. Rechazaba la invención de D'Annunzio que encontraba demasiado alambicada, falsa.

La Duse, sin embargo, no se dejó arredrar. Firmemente convencida del genio del hombre que amaba, estrenó una tras otra todas sus obras: «La Gioconda», «Francesca de Rimini», «La hija de Iorio». Siempre con el mismo resultado. D'Annunzio escuchaba los pateos desde un palco, con una sonrisa irónica y decía a sus amigos:

—Claro... Esta mujer, a pesar de su talento, es vieja y fea...

Eleonora hubiera querido ofrecerle la gloria, una gloria más grande que la suya, y sólo recibía a cambio una frase dura. Ella, que jamás se había preocupado de su aspecto, comenzó a pasar largas horas ante el espejo, tratando de descubrir una arruga nueva, una cana más. Era cinco años mayor que el poeta y a ello atribuía, cándidamente, su frialdad cada día más acentuada.

D'Annunzio ya no esperaba nada de Eleonora. Le había servido para sus fines e incluso, la había querido, a su egoísta y frívola manera. Cuando llegó el momento del adiós asió el último y más cruel golpe a la sensibilidad de la Duse con su novela «El fuego», donde relata desvergonzadamente la historia de sus amores.

A un amigo que conocía el texto y que intentaba convencer a la actriz para que disuadiera a D'Annunzio de su intento de publicarlo, contestó ella:

—Conozco la novela y he dado mi consentimiento para su impresión, pues todo mi sufrimiento, por grande que sea, no cuenta cuando se trata de dar a la literatura italiana una obra maestra más. Luego... tengo cuarenta años... y amo...

No podía esperarse mayor grandeza ante mayor iniquidad.